

Fuga de palomas

Pablo Molinet



Viviendas tarascas tradicionales en Salamanca, México, 1899. (Fotografía: John L Stoddard / The Print Collector / Getty Images)

SI DICEN “PATRIA” RECUERDO UN MURO DE LLAMAS EN LA NOCHE. Se dejó venir la helada; entre carcajadas para quitarse el frío, los muchachos del rancho prenden fuego a una hilera de pacas empapadas en diésel para proteger el trigo apenas brotado.

El rancho, la casa, se erguían en el centro de un mundo de lindes nítidos y estrechos. Al oriente, el cerro; al occidente, el río; al sur, los volcanes de cráteres anegados; al norte, tierras altas. Teníamos noticia de ciudades y mares y selvas cuyos nombres debíamos memorizar, cuyas imágenes impresas no nos eran más cercanas que las fotografías del alunizaje del Apolo XIII.

Nos concernía, en un atardecer monumental de octubre, la comida de fin de trilla con los muchachos: carpas, conejos y xoconostles en la misma olla; litros de cerveza.

Nos concernía el trabajo de parto de una perra bajo una luna con aura azul de helada.

Si dicen “patria” recuerdo una escopeta sobre un par de ménsulas de acero, atornilladas al medallón de una *pick up*.

Hay una terracería flanqueada por las casuarinas que podábamos de niños. Hay un muro, un portón; más allá, un océano de espigas.

Recuerdo la elegancia frugal de aquella Remington semiautomática. Y, en el asiento del copiloto, la cartuchera repleta de robustos cartuchos del doce.

Recuerdo, como sinécdoque del territorio, los medios para su defensa.

Del otro lado del portón: los trabajadores del rancho con sus conciencias complejas y susceptibles; con su devoción por viejos boatos campiranos, viejos ritos; con sus astucias y sus silbidos y sus risas. La lumbrada nos une ante la noche insondable del campo y fatal, puntualmente, las “listas de raya” —que se compran en la papelería para registrar los sueldos— sábado a sábado nos separan.

Los muchachos del rancho que ven venir de lejos el granizo y se saben de memoria las veredas del cerro y oyen la zancada subrepticia del conejo en el distante corazón de la “tabla” —el sembradío—.

A distancia ceremonial —nunca enredados entre los tobillos de nadie, nunca lejos del silbido—, la jauría encabezada por dos daneses, y compuesta por una pequeña muchedumbre de los ratoneros que llamamos, entre veras y burlas, *Bajío terrier*.

Hay un pozo y un silo. Hay una trilladora, alta y primitiva como un uro; hay tractores, rastras, arados, cuya enumeración compondría un catálogo de las naves.

Por acá se llama “finca” el recinto murado que funciona como centro neurálgico del rancho. El *Merriam-Webster* rastrea la palabra “rancho” hasta el verbo francés medieval *ranger*, “tomar una posición”: aquel perímetro parecía menos una construcción del siglo xx que un relicto del xvii, una estacada. Un puesto de descubierta como un quinqué en medio de la vastedad inhóspita en la que se plantaba.

Si dicen “patria” recuerdo acechanzas de letrados y ladrones. La noche rural y la más espesa oscuridad de los legajos judiciales. De madrugada, la *pick up* patrulla los linderos del rancho. Entre las siluetas de las casuarinas, los ladridos de los daneses, las luces lancinantes de los faros de neblina.

La ley estaba a treinta kilómetros de asfalto roto, y cuestas y curvas mata novatos. La policía municipal se dedicaba a la contemplación en los portales. El grupo de la judicial del estado sólo descendía a estas profundidades de cebada y trigo cuando había difunto.

La docena de tormentas veraniegas traía consigo apagones que, si acontecían el viernes, se prolongaban hasta el lunes.

No tuvimos larga distancia automática (LADA) hasta los años 90. En lugar de disco numerado, el teléfono ostentaba una manivela que debía accionarse para enviar un pulso eléctrico hasta el conmutador de la central telefónica del pueblo, que estaba en la botica.

El pulso en cuestión encendía un pequeño foco en un tablero de madera —pieza notable de diseño industrial de la primera mitad del siglo xx—: bajo cada uno de aquellos focos —no más de una cincuentena—, había un enchufe identificado con un número. Al pie del tablero un cardumen de cables numerados erguía sus brillantes cabezas.

Al encenderse un foco, digamos el 32, el número de mi casa, la operadora, vecina notabilísima del pueblo, con sus auriculares de diadema y su micrófono, conectaba el cable correcto. “¿Me das por favor con México?”, pedía mi abuela. Le dictaba el número y colgaba. Diez minutos después, quizá —o media hora, o más—, el teléfono sonaba: la operadora había conseguido establecer “la conferencia”.

La “caseta” abría de nueve a dos y de cuatro a ocho. (Podría, por supuesto, evocar otras cosas. El guardamanos de plata de un sable de aparato, con el águila liberal, que apareció en algún sitio recóndito de la casa. Otra, las palabras del oficial a cargo de un retén, a un par de kilómetros de La Realidad, el 31 de diciembre de 97: “Vengan a celebrar al cuartel”, dijo el gordo —la Beretta en la sobaquera—, mirando a las mujeres en el coche, “somos muy amigables”).

Leo que la monogamia de las palomas resulta en fuertes lazos afectivos con sus pichones. Y que nuestros negocios con ellas comenzaron en el Paleolítico. Primero ofrecimos techo y comida a cambio de que nos cedieran justamente pichones para la hoguera. Milenios más tarde, el surgimiento de las ciudades, abundantes en comida y aleros, les permitió a algunas bandadas evadir el pacto primero sin renunciar a sus ventajas.

Podría evocar también la vastedad abismal que se siente al término del muelle de pescadores en el puerto de Veracruz; o el frío de mar abierto —de remolinos y tiburones blancos—, que me sacudió como previniéndome cuando, en la bahía de Navachiste, nadaba tras una mariposa amarilla que se dirigía, con fuerza hercúlea, hacia el mar de Cortés y la isla de San Ignacio. O el preciso momento en que nosotros, los internos de la cárcel municipal de Salamanca, en huelga de hambre, entramos al patio mientras, con tempo impecable, las tres filas de elementos de las Fuerzas del Estado de Guanajuato apostadas en los muros cortaban cartucho. ¿Qué portaban? ¿Carabinas Colt AR-15 223 NATO?

No obstante, ninguna de esas imágenes, o de otras que podría traer a cuento aquí, me son tan prístina, tan óseamente la patria como las acequias

rebosantes del agua clarísima del pozo, los caminos de terracería.

A mediodía, el jardinero abre una llave y un aspersor lanza su curvo chicotazo de agua a un montículo de rosales. El pasto es opulento. Las abejas zumban entre los naranjos en flor. Hay dos senderos, mellizos ondulantes de laja y grava bajo tabachines, pirules chinos, guayabos. Hay un macizo muro colonial donde las palomas anidan, debaten, se cortejan —viven— desde hace siglos. —Leo que los clanes de palomas buscan siempre acantilado o semejanza de acantilado, pues allí se sienten a salvo—.

Es la casa, el otro polo de la vida. También aquí hay un muro y un portón: también la resguarda la escopeta. (No hay Edén —jardín— sin espada flamígera).

Si dicen “patria” recuerdo su peso en mis brazos de niño. El fragor. La patada bruta —el retroceso—. El zumbido. El olor dulce y picante, el calor de los cartuchos recién percutidos.

En la finca, la práctica de tiro se prolongaba toda la tarde de domingo y no obstante no bastaba. El gatillo es curvo como un signo de interrogación: si ves la sombra intrusa en lo alto del muro, ¿eres capaz?

Si dicen “patria” recuerdo resmas de papel tamaño oficio mecanoscrito mediante las cuales, con prosa intrincada y aciaga una monstrea, “la actora”, se dirigía a un juez reclamando la *pick up*, la trilladora, los tractores, las rastras, los arados, el pozo, el silo, los muros, los portones, la terracería, los senderos mellizos, las casuarinas, las espigas, el pasto, los naranjos, las abejas, los tabachines, los pirules, los guayabos.

Cada cierto tiempo ascendíamos en la *pick up* una loma árida por un camino de polvo gris hasta el lugar donde se alineaban las camionetas de nuestros tíos y primos y cuñados. Era el club de tiro.

Las mujeres evadían a todo trapo aquel pozo de pólvera y testosterona que las aburría a muerte. En aquella mezcla —indescifrable para quien no hubiera nacido en ella—, entre lo campechano y lo altanero, entre lo afectuoso y lo burlón, sólo había una cosa clara: nadie venía a fallar. A diferencia del otro club, el de Leones,

aquí no se bebía más que Coca Colas. La torpeza y el nerviosismo estaban vedados y se castigaban con severidad.

El protocolo y las reglas del tiro al pichón se tomaban en serio: sólo se usaba munición deportiva, se llegaba con las escopetas *trap* de dos cañones descargadas en sus fundas, se entraba al plató de tiro con el arma abierta y sin cartuchos; en ese momento, un trabajador de alguno de los ranchos, diestro para aquellos menesteres, metía la mano en una jaula y sacaba un pichón, aferrándolo de las patas y la cola. El animal se debatía entre aletazos mientras el hombre le arrancaba un par de las largas plumas caudales.

Una vez en el plató, el arma se cargaba, se cerraba y amartillaba; usualmente el tirador adquiría balance apuntando alto a izquierda y a derecha, cuando estaba listo para disparar, gritaba: “¡pájaro!”.

Entonces, el hombre le daba una, dos, tres vueltas al animal para marearlo y luego lo arrojaba a lo alto con todas sus fuerzas. Una vez en el aire, el pichón intentaba ganar velocidad y altura entre el terror y la desorientación.

Una escopeta arroja un puñado de perdigones que se van expandiendo en el aire. Cuando se caza volatería con escopeta no se apunta a los cuerpos; se sigue con la mira la trayectoria y se procura colocar el tiro “adelante”, de modo que el conjunto de bolas de plomo en expansión intercepte al animal.

Al escuchar la detonación, un instinto derivado de su rica herencia genética la hace cambiar de trayectoria bruscamente, salvo que le hayan inutilizado —saboteado— el timón de cola, en cuyo caso se precipita entre los huizaches al frente del plató de tiro.

Tajantes sellos con el águila federal signaron la derrota de la monstrea. Los ladrones no comparecieron en lo alto de unos muros que, parafraseando un poema de Carl Sandburg, sólo saltaron la lluvia, la muerte y el mañana.

Cuando dicen “patria” evoco una escopeta ausente. Tras de que, en 2009, el ejército entrara al pueblo a atender una denuncia —falsa— de tráfico de armas en contra de un vecino, y de que sin orden judicial

tumbaran puertas a patadas y rebanaran colchones a bayoneta limpia, la Remington se fue. La familia calculó más peligroso estar inerte ante tangibles soldados que ante criminales hipotéticos.

Despierto de madrugada y miro la oscuridad del jardín; un instinto viejo, derivado de mi rica herencia genética, me mueve a apretar el aire con la mano, el arma inexistente.

Se oye el rumor de una camioneta, subo veloz y subrepticamente la escalera. ¿Qué quiere, qué hace aquí, qué busca? Eso me pregunto vigilando la calle desde arriba, detrás de la cortina, en una habitación a oscuras.

Quise traer de vuelta, para mi hermano menor, la fascinación de los días en que nuestros mayores vivían.

Tras meses de enseñarle a disparar con un rifle Mendoza de diábolos, dedicamos una mañana a cazar palomas en el jardín. El espasmo, la convulsa heráldica de su agonía; el crujido de las plumas al arrancarlas; el cuchillo recién afilado que abre los cuerpos en canal: no matas lo que no te comes.

Pero la fascinación no volvió. La alarma de las centinelas en el muro, la huida brusca de la parvada, las plumas flotando en el aire, en todo aquello había un dolor, un terror, una traición: “Es nuestra casa nuestra de ustedes y nosotros y nos apuntan y nos derriban y nos comen, ¿por qué nos apuntan y nos derriban y nos comen si es nuestra casa nuestra de ustedes y nosotros?”.

Por meses, las centinelas nos reconocían de lejos; daban la alarma, la bandada huía, y el muchacho y yo sentíamos en esa fuga una acusación que le llevó un par de generaciones retirar a nuestro clan de palomas.

Ahora podemos volver al muro sin causar más que una breve inquietud que en seguida se serena; no obstante, las centinelas nos vigilan desde arriba. Si elevo la mirada y veo sus ojos brillando en las oquedades, reconozco mis propias preguntas: ¿qué quiere, qué hace aquí, qué busca?

Cuando me dicen “patria” recuerdo el zureo urgente, el azotar de alas, la caída. 